El tiempo y la palabra

Francisco Rebolledo en sus discípulos



La prosa de Rebolledo combina una estupenda erudición histórica, un fino juicio crítico sobre las figuras evocadas con precisión, en el decorado y en su dramatismo, y una soltura narrativa admirable.

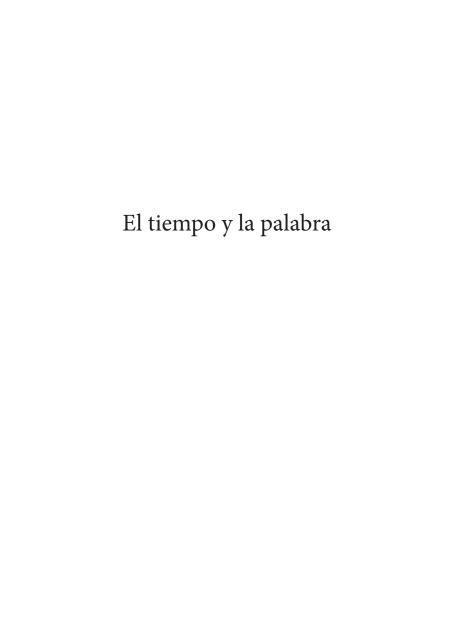
Carlos García Gual, columnista El País y miembro de la Real Academia Española de la Lengua.

Rasero nos lleva a un viaje extraordinario a través de los años de la Ilustración y más allá... Todos parecen estar en él, al menos todos los que encarnan más perfectamente el espíritu de la época.

Harriet Paterson, crítica literaria de The Independent.

Peligroso y amoroso, pues sólo un escritor profundamente enamorado de las formas históricas, sólo un artista emotivo y cordialmente comprometido con las raíces de la ciudad sabría recrear para nosotros el olor, el sabor, el paisaje de una época; sólo un lector que ha dialogado intensamente con los difuntos sabría evocar con tanta y tan vívida exactitud a Diderot, D'Alembert, Voltaire, Lavoisier, Robespierre, Du Bouchet, Mozart, Danton y Goya; con tanta y tan hechicera exactitud a sus mujeres, el perfume de aquellas gloriosas carnes, la presencia real del eros difunto...

Adolfo Castañón, académico de número de la Academia Mexicana de la Lengua y premio Alfonso Reyes 2018.



El tiempo y la palabra. Francisco Rebolledo en sus discípulos D. R. © Los autores

D.R. para esta edición © 2019 Lengua de Diablo Editorial
Antiguo Barrio de la Carolina, Cuernavaca, Morelos, México
http://www.lenguadediablo.com
http://www.twitter.com/lenguadediablo
http://www.facebook.com/lenguadediablo

Primera edición enero de 2019

Edición: Roberto Abad

Diseño: Araceli Vázquez Mancilla y Efraím Blanco

Fotografías: Bernarda Rebolledo

Impreso y hecho en México. Todos los derechos reservados, incluida la

reproducción en cualquier forma.

El tiempo y la palabra

Francisco Rebolledo en sus discípulos

PRESENTACIÓN

El taller de narrativa que Francisco Rebolledo ha impartido durante más de veinte años en Cuernavaca, se ha convertido en un espacio mítico para aquéllos que quieren aprender a escribir. Una buena parte de los creadores que representan la literatura morelense actual se inició o desarrolló su obra con él. No sólo se ha encargado de compartir los secretos del oficio con la generosidad que lo distingue, sino también ha permitido que se rompan los muros entre discípulo y maestro para que sea la amistad el único puente entre estas dos figuras. Los textos que componen la presente antología parten de la gratitud, el cariño y la admiración que los autores sienten por Rebolledo. En otras palabras, es una forma de homenajear su figura en la escena cultural y, a la vez, una invitación a que otros lectores acudan a su obra narrativa y ensayística, cuyo nivel la coloca entre las más importantes a nivel nacional e internacional.

LANZAR LA MONEDA Eder Talavera

quel navegante literario que ose zarpar del puerto Rebolledo una cosa debe saber: en ese muelle sólo ⊾hay libros de alto calaje. Por lo tanto, emprender la travesía en esas embarcaciones es arriesgado. Piense muy bien lo que busca antes de salir. Si su espíritu es irreflexivo, permítame anticiparle, será imposible franquear una pregunta: ¿cuánto ha leído el escritor para convertirse en el capitán de semejante nao? El vértigo que provoca es el mismo que se siente ante un clásico. No he tenido la fortuna de conocer a otros capitanes de la talla. Pero las características sapientes de Rebolledo, me hacen pensar en el mismo tonelaje que invirtió Víctor Hugo para referir pasajes históricos en Los miserables y Dumas en Los tres mosqueteros. Esos buques poseían un cargamento de pólvora hecha en casa. El autor de Rasero o el sueño de la razón, no; la fundición de sus cañones, la confección de sus velas y el tallado del timón fue gracias a las lecturas que dirigen su travesía por los mares del tiempo.

La primera vez que subí a bordo de uno de sus galeones, arribé a una época de la que me fue difícil escapar: el siglo de las luces. Los vientos que el mismo Rebolledo liberó atenazaron la cólera del airado Poseidón. Asomarse a la proa onírica del protagonista fue terriblemente excitante. En la profundidad de esas aguas se revelaron las figuras de Voltaire, Diderot, Mozart, Goya, Rousseau, Roberspierre, Madame Pompadour y Marat. "¡Qué delicia, capitán!", grité desde cubierta, con la esperanza de escuchar más sobre el vidente que anticipó el vuelo de los pájaros de acero y las Guerras Mundiales. Sin embargo, en el mástil se sintió un estallido tremendo cuando el protagonista, Fausto, lanzó un ciclón sobre la raza humana: Por qué os desprecio. Liquidó, como un disparo capaz de dejar una herida dulce y permanente. Imagino los años en los que Rebolledo escribió la obra: ¿cuántas veces habrá tocado el cielo de los enciclopedistas? Una vez intenté preguntarle, pero la tripulación percibió una tormenta y un relámpago nos cegó de inmediato. "¡Todos a babor!", requirió el mandamás.

Naufragamos. Logramos treparnos a una barcaza: *Pastora y otras historias del abuelo*, que nos permitió comprender que nuestro capitán había tenido a su vez a un almirante que le reveló algunos secretos propios de los viejos lobos de mar. El legendario capitán Rulfo se asomó tras las olas en el horizonte de aquel libro. Durante el trayecto, no sólo confiamos en nuestro jefe, también descubrimos que sus habilidades no se reducían a la alquimia de las letras, Rebolledo conocía el arte de la química. *La ciencia nuestra de cada día* fue crucial para mantener nuestras esperanzas a flote. ¡Ah, el tiempo! No sé cuándo fue que los días se convirtieron en años, pero en el trayecto, el capitán nos enseñó las cartas de navegación. Logramos atravesar las tinieblas, la nada, el ocaso y, al amanecer, la luz era buena. No obstante, algo extraño ocurrió en cuanto

el libro llegó a la historia de Arquímides de Siracusa, el mar arrojó una página-ola gigante que nos volcó igual que granos de polvo. Gracias al cielo no tardamos mucho en alcanzar una fragata.

Tal vez la providencia, o quizás el destino que nos llevó a Las Molucas, o a Las Antillas. No lo sé. El caso es que el sabor del agua salada nos hizo bendecir al buen cristiano que se acercó a ofrecernos auxilio. Trepamos por unas cuerdas a La mar del sur y entre sus páginas conocimos a Mateo de Guadalupe, un extremeño que, a fe de su patrón, don Ignacio de Bazúa, se las gastaba de ingenioso y necio, remembrando las proezas de Robinson Crusoe y de Ulises. Este último, sobre todo, podría esconder un lazo fraterno con Mateo. Ambos representan la sagacidad del hombre para entregarse a la incertidumbre. Ésa que se acumula en las pupilas de Dios: el viaje que emprende el héroe como un salto al vacío. Como una entrega a la posibilidad de reventar en el infinito. La travesía los lleva a tierras inhóspitas. Igual que en la marcha de la humanidad, el azar es una telaraña, y en la obra, es el lanzamiento del maravedí que llevó a Mateo a salvar al de Bazúa y a Ulises a la tierra de los Lestrigones. ¡Hasta dónde llegarán los libros de Rebolledo? No lo sabemos. Sólo podemos reconocer que es necesario lanzar la moneda, igual que en sus historias, y confiar en las naves de la literatura. Después de todo, ¿quién puede bañarse en las aguas del vidente? No hay otra alternativa que reconocer el peligro de zarpar en esos barcos y recorrer todas las Ítacas que sean necesarias: al final, las palabras siempre prometen hacernos libres.

CON LA SERENIDAD DE UN DIOS Rocío Mejía Ornelas

as tardes son inmarcesibles ante Francisco Rebolledo. En su mirada impertérrita habita el alma de Rasero. Francisco y Rasero no pueden ser vistos como autor y obra. Ambos se crean y ambos son letra viva.

Es menester, a pesar de la brevedad de esta misiva, mencionar que Francisco Rebolledo es un extraordinario científico y divulgador del mismo arte. Desteje en cada escrito, cada sueño entintado, la complejidad del pensamiento humano.

Rasero tal vez es profundamente amado por manifestar de manera perfecta, en una prosa exquisita, la locura humana: la obsesión por descifrar la razón fundamental de nuestra existencia.

Francisco, en esta magnífica obra, "mide a todos por igual". En una impecable atmósfera histórica, va deshilando la complejidad del ser y su ansia por entender todo; comprimir todo y ser dueño de lo incomprensible.

Rasero, al ser la visión de los sabios, se torna sempiterno. Nigromante capaz de invocar el siniestro oxímoron del alma humana: sabiduría e ignorancia; libertad y sumisión.

También se debe resaltar el verdadero aroma de la obra: la lujuria. ¿Cómo concebir una novela totalmente verosímil sobre el humanismo y su complejidad sin el distintivo de nues-

tra especie? Podemos soportarlo todo y vivir eternamente, siempre y cuando la pasión por la carne permanezca.

Si bien Rasero nos exhibe la espiral infinita que crea y destruye nuestra alma, también sucumbe a la necesidad más primitiva que aqueja cualquier ser: tener un igual a quien amar. ¿Qué héroe podría mantener su existencia sin amor? Y, así, sin proponérselo, Mariana es metáfora y respuesta a lo que plantea la obra. Es el *Leit Motiv* de nuestro eterno deambular.

Francisco Rebolledo es un maremágnum de creatividad, inteligencia, picardía. Y no encuentro mejor forma de cerrar este humilde texto, resaltando el profundo respeto y admiración que siento por él, que citar lo dicho por Manelick de la Parra en 1997, en un artículo para la revista *Proceso*:

"Todo esto logra el autor que se vuelve omnipresente y sabio, que adelanta y retrasa el tiempo y mueve el espacio a su antojo con la serenidad de un Dios. El autor es Dios y Rasero; su hijo resucitado, su enviado, su clarividente y hace, como Dios con Cristo, un hombre predestinado y testigo anticipado del fin de mundo, angustiado por sus visiones y sus calvarios, sufriente como el Cordero, de su propia condición humana".

UN CABALLERO SIN MESA REDONDA Efraím Blanco

l primer tino de Francisco Rebolledo frente a la clase fue desafiarla: con tacto sencillo y mente ágil descubre la forma correcta de escribir más de una veintena de palabras que minutos antes dictó a los azorados alumnos. Muchos –como yo– caemos en dos o tres errores ortográficos y nos acercamos al abismo. Rebolledo muestra, desvela entonces, la corrección de los términos marítimos o palabras más que ingeniosas ante las que el azar de su llegada nos vino a enfrentar.

Así empieza la aventura.

Después, desde el borde de la mesa, con breves lapsos para fumar a la orilla de una reja que da a la calle, vamos descubriendo al tremendo maestro con el que nos hemos topado. Confieso que era yo un ignorante de la personalidad de Paco, de su maestría y de la enorme valija literaria a sus espaldas. Poco sabía yo de Rasero, de su sueño de la razón o de los mares del sur, ministras o los cuentos aquellos donde evoca a su querido Rulfo y a la prosa exacta con la que narra esas historias de Pastora, coma a coma, punto a punto, frase a frase. Francisco Rebolledo es una pléyade de conocimientos, quizás ahí habite la riqueza que tantos estudiantes, ávidos mozalbetes de las letras, hemos buscado a través de su mítico taller de narrativa en la ciudad de Cuernayaca.

Más allá de la probada sabiduría del legendario Rebolledo, químico de origen, novelista por convicción, está el Paco convertido en maestro artesano de la narrativa, que lunes a lunes retoma los hilos de cientos y cientos de historias de los que allí asisten para asir con fuerza los nudos narrativos y desmadejar las enhebras de los que perseguimos el mítico grial del estilo propio. Paco da voz a todos y luego, con probada ciencia de la palabra, teje la respuesta y los comentarios que darán la luz a los textos, que les mostrarán el camino a los todavía ciegos.

Paco es un iluminado de la palabra.

Recuerdo con nitidez el origen del propio universo. Ese diminuto punto blanco que existió antes de todo, narrado con pasión por Paco, y explicado al detalle por el químico Rebolledo, con su voz sabia y rasposa, su risa siempre viva y sus manos moviéndose para hacer vibrar a su orquesta invisible, fue el viaje épico de esa narración en una tarde cualquiera la que nos hizo volar al universo primigenio para tratar de entender nuestra propia realidad. ¿Cómo empezó todo? Paco nos lleva de la mano y nos lo explica, no en balde ha sido un tremendo divulgador de la ciencia a la par de narrador, investigador y ensayista. Porque a fin de cuentas Paco lo es todo, el maestro legendario que muchos sueñan con encontrar y no escuchan los gritos de quienes dictamos las instrucciones precisas para encontrarlo cada lunes en el centro de su laberinto.

Paco es también un Fausto Rasero, un hombre que mira al futuro y que parece entenderlo mejor que nadie, por eso guardar silencio y escucharlo es como subirse a una máquina del tiempo, y lo mismo nos lleva de Mozart a Goya que de Rulfo a Kafka, de explicaciones lúcidas de realidades alternas a los infiernos de la política en el país.

Al igual que Arturo, el mítico rey, Rebolledo se sienta en una mesa y se vuelve un igual con los demás caballeros. Ahí se destapan las ficciones y lo mismo se viaja del cuento a la novela, por la narrativa hispanoamericana, norteamericana, por el teatro, por la poesía, por el Quijote que cuenta de memoria y ríe a la par de los otros y se sorbe el café mientras pasa la tarde. El Camelot sobre el que Paco reina sin titubeo es el reino de las letras mexicanas con al menos una obra, su más completa, su Excalibur, la que en voz del crítico Christopher Domínguez Michael se postra a la par de los más grandes de la narrativa nacional: "Rasero, novela que yo colocaría, por sus virtudes y por sus limitaciones, por su poética, junto a Terra nostra (1975) de Carlos Fuentes y Noticias del imperio (1987) de Fernando del Paso, entre las piezas señeras de un tipo heterodoxo de narración metahistórica muy propio de la literatura latinoamericana".

El santo grial que muchos buscan ha sido, sin duda, encontrado por Francisco Rebolledo. No se explica de otra forma la originalidad de sus letras y la lucidez constante de su trabajo narrativo. El grial, si acaso, no sería entonces válido en ninguna de sus acepciones míticas, históricas o fantásticas, sino un artefacto dador de luz y claridad a quien lo haya poseído. Una pluma, quizá. Paco es un caballero sin mesa redonda, eso

lo puedo afirmar cuando lo escucho desde el otro lado de un tablón de plástico perfectamente rectangular. A nuestros pies, sin duda, yace Camelot, o el reino de Oz, o los pasos de Rasero, o Comala, o simplemente un salón hecho de yeso y piedra que alberga a estos nuevos caballeros que se postran ante una mesa no tan redonda para contar historias bajo la mirada iluminada del maestro Francisco Rebolledo. Paco es, como Rasero, un viajero cómplice, un visionario, un verdadero ciudadano del siglo de las luces nacido en su propia época, un héroe, un escritor con su propia voz, un navegante, una luz.

EL PERSONAJE QUE ME ACOMPAÑA Andrea Ciria

Para darle vida a estas palabras, entablé un diálogo conmigo misma que me ha llevado a puntualizar por qué leo, admiro y entraño a Francisco Rebolledo, a quien considero uno de los más grandes iconos de la literatura iberoamericana de nuestros tiempos.

¿Cuándo y cómo conocí a Rebolledo (a quien muchos con cariño, le decimos Paco)? Fue en 2006, y pienso que ha sido uno de los mejores aciertos de mi vida. El primer taller de narrativa en el que estuve con Paco tuvo como sede el Instituto de Biotecnología de la UNAM, en un pequeño salón para reuniones. Como es de suponer, los asistentes a ese taller eran doctores en biología, química, informática o biotecnología, mientras que yo no tenía afinidad alguna con las ciencias duras. Aún así, no podía dejar pasar la oportunidad de estar con el autor de *Rasero*, una de mis novelas favoritas.

¿Cómo me sentí en mi primer encuentro con Paco? Ciertamente, empequeñecida, chiquitita. No sólo por cuestiones de edad, sino por el tipo de experiencias y conocimientos de los participantes, que distaban mucho de parecerse a los míos. Pero Paco, siempre atento al entusiasmo de sus alumnos, me hizo sentir capaz de lograr lo que impulsa cada latido de mis días: escribir.

¿Dónde más he aprendido con Paco? Tiempo después de ese taller. Paco fue mi maestro en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay, en la que impartió un seminario entrañable sobre la novela moderna. En aquella ocasión sacó a la luz a su adorado Don Quijote, y lo hizo como pocos son capaces. Además de hablarnos de la genial estructura de la obra, se metió en ella y nos llevó junto con él hasta la locura misma de Miguel de Cervantes. Estoy segura de que varios de mis colegas pudieron, como yo, comprender la relevancia y belleza de la novela. Y en eso radica, precisamente, la gran maestría de Paco Rebolledo: incitar a sus alumnos a descubrir por sí mismos lo que promete la literatura. Fue entonces cuando leí otra de sus grandes obras, La mar del sur. Volví a descubrir la vasta dedicación de Paco, quien plasmó en esa historia la realidad del mundo marítimo para lograr otra obra fantástica al entrelazar los curiosos hilos del destino, la mitología, y la magia.

Más tarde, regresé al abrazo de la agudeza intelectual de Paco en el taller que imparte en la cafetería La rana de la Casona, en el corazón de Cuernavaca. Gracias a esas horas de los lunes por la tarde, he podido, hasta la fecha, sacar a la luz una gran cantidad de textos narrativos, en especial cuentos fantásticos y una novela policiaca. Y así, no sólo yo he logrado ver mis letras publicadas, sino muchos otros compañeros de letras que, sin duda, han sabido valer y disfrutar el inmensurable conocimiento de Paco, un maestro que no se jacta de ser un escritor de gran talla pero que, bien sabemos, es uno de los más importantes de este siglo. Además, escucharlo hablar de autores

como Rulfo, Arreola, Cervantes, Sartre, Dostoievski y Poe, es simplemente fascinante. Pero hay un factor de igual peso en Paco: la convivencia y hermandad que procura. Se involucra en cuentos miméticos y no miméticos, en historias de amor, imposibles, crudas, tiernas y hasta inconclusas. ¿Cómo lo hace? Creo que por su infinito amor a la literatura, a las historias.

¿Cuál es la obra de Paco que más atesoro? No sé por qué me hice esta pregunta, puesto que conozco la respuesta de hace mucho tiempo. Rasero. Aunque me gustan todas, desde La mar del sur o sus cuentos de Pastora y otras historias del abuelo, hasta Amar a destiempo y La ministra. Pero lo que sí puedo agregar es que, una vez empapada por los consejos, anécdotas y recomendaciones que Paco me ha hecho, y que procuro seguir a diario en mi profesión de escritora, con cierta frecuencia siento la necesidad de releer Rasero. Descubrí que durante mi primera lectura no fui capaz de ahondar en sus betas más ricas que la hacen, a mi parecer, canónica. Rasero, amén de ser una novela histórica, explora también las vertientes del amor y de lo fantástico; el marqués español Fausto Rasero, inmerso en los años de la Ilustración europea y rodeado de personajes como Diderot, Voltaire, Goya, Hume y Mozart, puede viajar al futuro a través de sus clímax sexuales. Con ello, descubre que pese a los enormes avances científicos y tecnológicos del hombre en el siglo XX, el fin apocalíptico de la humanidad es inminente.

Pero además, Fausto Rasero busca de manera implacable a su adorada Mariana, quien le hace ver la vida desde un punto de vista más sencillo, real y tangible. De esta forma, Rasero nos habla de la enorme inquietud de Paco por la condición humana, sus errores, sueños rotos, y la posibilidad de superarlos a través del amor.

Me conmueve y emociona profundamente que, a 25 años de la primera publicación de *Rasero*, Francisco Rebolledo siga compartiendo la magia de su pluma con nosotros, y que la novela siga iluminando los escaparates de librerías y libreros de los hogares.

¿Qué les diría a las personas que aún no lo han leído? Que lo lean. Que naveguen por sus viajes en el tiempo, entre sueños, realidades desorbitantes, filosofía, magia, amor, guerra, amistad. Que estén seguros de que en cada una de las obras de Paco encontrarán a un escritor entregado, a alguien que los hará sentirse acompañados por un personaje favorito al que regresarán una y otra vez, como lo hago yo con Fausto Rasero.

LA VIDA EXTRAORDINARIA DE FRANCISCO REBOLLEDO Eduardo Islas Pérez

Francisco Rebolledo no le gusta que se utilice la palabra extraordinario para calificar un texto. Nos lo dijo una vez durante una sesión y a mí se me quedó muy grabado el comentario. Debido a esto, en sus talleres de creación literaria esta palabra es muy poco utilizada. Nunca le he preguntado por qué, yo creo que es porque piensa que si la palabra se utiliza de manera indiscriminada, se banaliza, se vuelve simple y llana y tiende a disminuir su significado portentoso. Estoy de acuerdo con él, la palabra debe utilizarse para cuando el calificativo realmente merezca la pena resaltar a lo que nos estamos refiriendo: el texto de un escritor, la obra de un artista, la vida de un personaje, o el personaje mismo.

Es por eso que me atrevo a decir que Francisco Rebolledo es un extraordinario escritor. Los que hemos leído su obra quedamos atrapados para siempre en sus letras y en sus historias:

Rasero o el sueño de la razón es una de las grandes novelas de la literatura mexicana y en algún momento de la historia se le reconocerá como la obra maestra que es. Rasero es una amalgama de sabiduría, conocimiento, inspiración y oficio de escritor. Es la historia de un hombre que tiene el privilegio de

vivir en la época de las luces y de conocer a grandes personajes de la historia como Diderot, Voltaire, Mozart, Goya, entre otros. El personaje principal, Fausto Rasero, puede visualizar el futuro en los momentos del clímax sexual; un futuro que la mayoría de las veces es apocalíptico, triste, desesperanzador como lo ha sido y lo seguirá siendo a lo largo de la historia de la humanidad.

Pero *Rasero* no es la única obra maestra que tiene Francisco Rebolledo, también su novela *La mar del sur*, sus textos de divulgación científica *La ciencia nuestra de cada día* I y II, su entrañable *Pastora y otras historias del abuelo*, por mencionar sólo algunas, son de una gran manufactura.

Francisco Rebolledo no sólo es un gran escritor, sino que también es un ser humano extraordinario. Un día a la semana tengo (y tenemos) la suerte y el privilegio de vivirlo, de aprender de él: de sus comentarios, de su paciencia infinita en la corrección de nuestros textos entusiastas, de sus anécdotas con escritores y de su sabiduría compartida. Francisco Rebolledo nos comparte momento a momento lo que es y lo que ha significado su andar por la vida en compañía de este gusto convertido en pasión llamada literatura.

FRANCISCO REBOLLEDO: ESCRITOR, LECTOR Y MAESTRO Danaé Venegas

Redactar este texto me ha sido difícil, no porque no sepa qué decir sobre Francisco Rebolledo, sino porque es tanto lo que quisiera compartir que no sé bien por dónde empezar. Seguiré uno de los consejos de mi maestro y dejaré que la idea que tengo de él, vaya cobrando forma mientras escribo.

Conocí a Francisco Rebolledo en las aulas de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay, cuando decidí dedicarme a la escritura. Ya he mencionado en otras ocasiones que, en la primera clase que tuve con él, nos dictó una serie de palabras que jamás habíamos escuchado antes, para saber si sabíamos escribirlas y acentuarlas. Nos dijo, con toda razón, que no hacía falta conocer el significado de una palabra para saber cómo escribirla. No diré cuántas acerté porque me parece innecesario y vergonzoso, pero sí puedo decirles que para la clase siguiente había memorizado las reglas de acentuación y busqué todas y cada una de las palabras de esa lista. Bastó un día para hacerme saber que éste es un oficio que demanda humildad y esfuerzo.

De Francisco Rebolledo aprendí que un escritor no es nada sin una redacción impecable. Porque saber puntuar y acentuar es un reflejo de qué tanto respetas a tus personajes, a tu historia, a la literatura. Porque ser escritor no sólo es tener buenas ideas, buenas ideas las tiene cualquiera, sino saber cómo convertir esas buenas ideas en literatura. Y un escritor es también, antes que todo, un lector. Es alguien que ama la literatura; que se nutre de ella más que de la vida misma. El maestro, en alguna de sus clases, nos dijo "lee más de lo que escribes, vuelve a leer los libros como escritor y cuando no sepas cómo escribir algo vuelve a los libros, ahí encontrarás la respuesta". Y los libros a los que recurro cuando necesito respuestas son a los de mi querido maestro. *Rasero, La mar del sur, Amar a destiempo*, son algunas de las novelas que nunca dejan de enseñarme sobre mi oficio. Sobre la construcción del mundo en la hoja en blanco: la difícil tarea de tejer la piel de un personaje con puntos tan finos que el lector pueda tocar sus poros; escuchar su voz y reconocerlo en escrito. Es hilar almas.

Francisco Rebolledo es, además de escritor y lector, un gran maestro. Un maestro generoso que comparte sus enseñanzas impulsado por un profundo amor a la literatura: amor que se ha asentado con el tiempo pero que no teme agitarse en ocasiones; desintegrarse y reencontrarse. Ama la literatura a un grado tal que no sólo se conforma con escribirla y leerla, sino que también coadyuva a su creación. Desde hace ya varios años tiene a su cargo un taller de narrativa por el que muchos escritores hemos pasado y gracias al cual hemos encontrado nuestra voz literaria. De él hemos aprendido a respetar nuestro oficio, a quererlo y nutrirlo, pero, sobre todo, a amar la literatura.

REBOLLEDO O EL SUEÑO DEL VISIONARIO Félix Vergara

uedo decir, sin pretensiones, que Francisco Rebolledo es mi maestro, que soy uno más de tantos escritores que han transitado por su ya célebre laboratorio de escritura (algunas veces, con delirio de tertulia más que de taller literario). Viniendo de un hombre de ciencia no encuentro otro término que se adapte mejor, pese a las dos publicaciones que recogen muestras de este "laboratorio" y optan por denominarlo taller. No obstante, he sido un afiliado tardío. Llegué con el pretexto de una novela, pero las condiciones del taller no eran las más propicias para el género. Rebolledo accedió; además, no era la mía una novela profusa, aunque tampoco breve, y pese a cierta superstición respecto a la eventualidad de no terminar de leer una obra superior a las cien páginas, una aquilatada suma de paciencia y obsesión me instigaron a llevar puntualmente mis capítulos y tomar nota de los comentarios y anotaciones generales para corregir la obra.

Mi primer acercamiento con Rebolledo tuvo lugar hace más de diez años, cuando en la revista *Tabique*, publicación periódica independiente a la que me encontraba afiliado, preparábamos un *dossier* sobre extranjeros en Cuernavaca. No tuvo reparos en ofrecernos una primicia: un capítulo extraído de la continuación a su porfiado análisis sobre *Bajo el volcán*

de Malcolm Lowry, cuya aventura emprendiera con *Desde la barranca*, ambos volúmenes hoy referencia obligada en la bibliografía sobre el novelista inglés; en este sentido, el horizonte literario de Rebolledo ha sabido expandirse, casi de forma natural, del terreno de la ciencia al de la ficción y, más adelante, al de la crítica.

Recuerdo su figura pétrea, dando pasos certeros al entrar a un recinto como el Jardín Borda para alguna conferencia. Ya en la mesa, y llegado el momento de su intervención, su actitud circunspecta y a la vez huraña desentonaba abruptamente con una franca e inesperada sonrisa que cubría su rostro de guerrero medieval. Años después, al leer su obra más comentada, *Rasero o el sueño de la razón*, atisbé con mayor fundamento los rasgos del carácter hispano y me resultó sencillo concluir que Rebolledo había crecido en la universalidad, entre dos mundos que antaño representaron una coyuntura histórica insoslayable y ahora se enraizaban en una misma mirada, una voz trazada por el espejo y con el acento infinito de la lengua de la costumbre, en su caso un universo de contrastes providenciales sobre los dos continentes que articulan su origen.

Preguntarse por qué Rebolledo transitó de la ciencia a la literatura no es baladí y acaso sea redundar en los motivos que lo condujeron a concebir su obra más universal: *Rasero*. Sin embargo, ¿era extraño que un hombre criado entre emigrantes españoles con inclinaciones hacia la expresión más noble del pensamiento, la palabra, no terminara cambiando la

materia de la química por la de estas generosas portadoras del saber? A mi juicio, *Rasero* es la más incisiva respuesta de su autor acerca de esos lazos aparentemente distantes de discursos que se ha querido supeditar a la diferencia. La elección del periodo de la Ilustración constata este propósito y, en este punto, Rebolledo no ha sido condescendiente, pues su obra es un retrato de la época cuya fidelidad, en efecto, parece la narración de un vidente a quien se le revelaran los arcanos del porvenir.

Rebolledo sigue siendo un hombre de ciencia: sus volúmenes de divulgación, que combinan exitosamente arte e historia con los tópicos de su materia, *La ciencia nuestra de cada día*, lo constatan; ahora es un emigrante que ha elegido el recinto de la literatura para ampliar la experimentación. Por eso, la casa se enciende para recibirle con ánimos, con paciente disquisición de discípulo a la expectativa, porque esperamos a que el maestro siga, continúe su labor incansable de visionario.

RASERO Y REBOLLEDO, PIEDRA FUNDACIONAL Gustavo de Paredes

no de los grandes privilegios de los cuales goza todo lector radica en seleccionar qué obras leer y cuándo hacerlo. No es asunto menor. A través de ese simple acto, ejerce una facultad omnímoda consistente en colocar, por encima de cualquier otra, una obra y a su autor. Rasero, novela primigenia de Francisco Rebolledo, llegó a mis manos de manera callada, como suelen hacerlo los libros importantes, una tarde incierta, en la que buscaba inyectar nuevas voces al cuerpo narrativo que me acompaña como una sombra indefinible desde que tengo memoria, y aun desde antes. En mi horizonte se dibujaba la posibilidad de comenzar a leer Las partículas elementales, de Michel Houellebecq, En tierras bajas, de Herta Müller, Seda, de Alessandro Baricco, y Rasero, de Rebolledo. No fue la obra del mexicano por la que me decanté en primer lugar. Ausente de referencias distintas a las que consigna la cuarta de forros, la coloqué en una discreta tercera posición, que a la postre acabó siendo la cuarta porque algún avatar me hizo acudir antes a las páginas del italiano, a quien había reservado para el final.

Cuando por fin llegó el turno de Rebolledo y *Rasero*, me dispuse a adentrarme en las épocas de la Ilustración diecio-

chesca, en la que un cúmulo de hombres encarnaron el ideal prometeico de arrebatar el conocimiento derivado del desarrollo de las ciencias y las artes, a las avariciosas jerarquías que lo atesoraban con celo, y difundirlo entre el vulgo, justo como hizo el titán con el fuego recobrado de Zeus. En la medida en que me fui introduciendo en la lectura del texto novelístico supe que la histórica, en realidad, sólo es una de las varias dimensiones desde las cuales se puede conocer la existencia del personaje principal, Fausto Hermenegildo Rasero y Oquendo, un cortesano español, amante de la química que participa de forma decidida con los "enciclopedistas", cuyo trabajo no sólo se tradujo en el derrumbe del absolutismo francés sino que tuvo efectos poderosos en otras naciones del viejo continente.

El amor y el erotismo son otros puntos desde los cuales es posible conocer la vida de Rasero. Es su naturaleza viril la catapulta que lo lanza a seducir, al modo de Casanova o don Juan Tenorio, a una extensa hilada de mujeres entre las que figura, por poner un botón de muestra, Jeanne-Antoinette Poisson, madame de Pompadour, la amante más memorable de Luis XV. En esos requiebres el ibérico conoce a Mariana, mexicana de estirpe nobiliaria y poseedora de una enorme atracción por el saber, quien conquista su corazón y logra apaciguar sus avasalladoras ansias carnales. De esta manera la novela adquiere los tintes de una bella historia de amor que permite recordar el pálpito imperecedero de Odiseo por Penélope, de Dante por Beatriz, de Alonso Quijano por Dulcinea, de Fausto por Margarita o de Florentino Ariza por

Fermina Daza. El contubernio de espejos que se erige entre Rasero y estos personajes del canon universal, se cimenta con el tema de la "larga espera". ¿Qué significa esto? Que en algún punto de su existencia, Rasero también debe aguardar un lapso extenso para reencontrarse con su amada.

Una atalaya adicional desde la cual es posible examinar el discurrir de Rasero es la fantástica, tal vez la más singular de todas. En efecto, desde temprana edad aflora en él la facultad de la videncia. Ésta surge de manera súbita y con el contacto carnal. Comienza cuando era amamantado por su nodriza Angustias y se agudiza cuando alcanza la edad adulta y despierta a la sexualidad. La potestad del augurio, que se ubica en las lindes inciertas del ensueño, el viaje o la locura, lo lleva a conocer las atrocidades que el ser humano del siglo XX comete contra sí mismo. El aspecto fantástico se enraíza todavía más con la presencia de Mariana. En efecto, luego de contraer matrimonio con Rasero, la bella noble desaparece de su vida sin mayor explicación, pero con la promesa de volver a reunirse con él en el futuro, cosa que tiene verificativo dos centurias después.

El hecho de que Fausto Rasero sea capaz de conocer el porvenir y presenciar episodios atroces como el surgimiento del nazismo y los campos de concentración o el estallido de las dos hecatombes mundiales, permiten al lector explorar otro vértice, el teratológico. Es decir, que *Rasero* también es un emprendimiento hacia el estudio de la naturaleza humana, cifrada en una monstruosa desmesura. La codicia, la es-

tupidez, la soberbia, la maldad, son los caballos que guían a la humanidad, lenta pero inexorablemente, al Apocalípsis de la autodestrucción. Observamos entonces que en la novela, edificada de manera circular y con la arquitectura de las cajas chinas, se elevan las virtudes del mundo a la vez que se acentúa su decadencia.

Cuando conocí a Francisco Rebolledo, en el taller de narrativa que dirige cada semana en la icónica cafetería La rana de la Casona, en el centro de Cuernavaca, ya me encontraba marcado hondamente por Rasero. Al estrechar su mano cálida y mirar sus ojos desbordados por una hoguera interior, supe estremecido y feliz que él es el marqués y viceversa. Confirmé esta percepción al escucharlo hablar: un erudito de voz firme y directa cuya sapiencia no reconoce fronteras espaciales ni temporales. Un hombre renacentista que se ha ocupado de divulgar la ciencia y las altas letras en bien de su entorno. Francisco Rebolledo y Fausto Rasero han representado para mí una piedra fundacional desde los puntos de vista literario y académico, al grado de constituir un poderoso estímulo para hacer mi tesis de maestría en Literatura sobre ambos, dos hombres en uno a quienes he decidido seguir y emular y cuya trayectoria reconozco con este modesto texto, a la vez que me congratulo de ser su amigo.

SI UNA NOCHE DE VERANO UN ESCRITOR Roberto Abad

1991. Lo veo de cerca. La pluma sobre el papel hace un rumor liviano. Un murmullo que descansa cada vez que completa una frase. En contra de la oscuridad, la lámpara riega su luz sobre el escritorio de madera. Hay libros de Historia apilados por aquí y hojas regadas por allá. Se le ve inquieto, despeinado, trae una camisa de cuadros y un pantalón de mezclilla. Fuma. Son las diez. Es el último viernes de julio. Está en el estudio de la casa de Jiutepec. La escritura fluye frenéticamente por el cauce de su mano derecha. Luego de cientos de páginas, avista el punto final, esa tierra prometida. Unas líneas y ya: qué felicidad. Se acabó esta guerra. Francisco Rebolledo está a unos segundos de terminar Rasero.

La vida también sucede allí donde alguien escribe una novela. Detengo el tiempo. El humo del cigarro queda suspendido en el aire. Un mosco que daba vueltas en la bombilla ahora permanece inmóvil y su sombra ínfima se proyecta en el borde de la mesa. La mano ya no escribe. En este momento el impulso de la creación reposa en la sangre. Nada importa alrededor. Pienso en él. Sabe que ha tenido una gran idea. Tal es la convicción que decidió dejar la vida de científico para poder desarrollar la de escritor.. Debe estar loco. ¿Por qué lo hizo? Lo domina esa furia que sólo despierta en unos cuantos

a cierta edad; ese estado de genio del que surgen las obras maestras. ¿Qué sentirá? ¿Se imaginará lo que viene? Me gusta creer que nacemos sólo para una cosa. Sin duda nació para la literatura. Dostoievski decía que hay dos categorías de seres humanos: una, inferior, la de los ordinarios, que sirven para la procreación de personas semejantes, y la otra, la de los individuos que han recibido el don de pronunciar en su medio una palabra nueva. Rebolledo es de los segundos. Le interesan los siglos ajenos. Tiene el temperamento que requiere el oficio de la escritura, ama los libros, lee, lee a todas horas.

Fijo la vista en el rostro. Es joven. Pero su narrativa no peca de juventud. Al contrario, parece surgir de la madurez que da el tiempo y la paciencia. Tiene claro quiénes serán sus maestros para el resto de sus días: reconoce que, ante Cervantes, todos somos hormigas y que el Quijote estará presente en cada momento que intente plasmar una historia en papel; encuentra en Flaubert un faro que iluminará el sendero de la escritura y, si las dudas lo distraen, recurrirá a él como otros acuden a la Biblia buscando alivio; hereda de Rulfo el respeto por el lenguaje y se cobijará en éste cuando el demonio de las letras le haga delirar relatos que no están en sus planes futuros. Porque no escribir también es una forma de literatura. Pero ahora, justo ahora, escribe, y no cualquier cosa, termina una novela, su primera novela. Se necesita coraje y fuerza para narrar una historia. Encima de ese tamaño. ¿Estará cansado? Su letra es clara pero a veces pierde precisión; hay tachaduras en el cuaderno, desde luego, nada del otro mundo. Ha llegado a esa frontera en la que es imposible retroceder. Cuando escriba la última palabra –o acaso la fecha y el lugar donde fue escrita– será otro: un hombre que llevó el lenguaje a su máximo nivel.

Rebolledo encontró una forma de decir lo que quería, de contarnos sus preocupaciones, sin saber que, asimismo, cambiará la vida de muchas personas, entre ellas la mía. Escribe porque quiere mirar la historia desde sus ojos. Esa obsesión. Quizá quedarse en Morelos era lo más cerca que podía estar de Quauhnáhuac y de Lowry, ese otro maestro. Lo cierto es que gracias a ello nos conoceremos; aún faltan algunas décadas para que suceda. Miro sus manos grandes, pálidas, dignas de un pianista.

Un día me contará que de niño le preguntaba a un tío filósofo qué era la nada y que éste le respondía que la nada es un cuchillo sin mango y sin hoja. Cada vez que lo recuerdo me sorprenden tanto la pregunta como la respuesta. Ese niño que fue, ese escritor que es y nadie conoce aún, que termina su primera novela en el estudio de su casa, ignora que llegar al punto final será también el punto de partida. Es el primer libro pero no se trata de una pieza más de su universo narrativo, sino del universo mismo. No es un paso, sino el camino entero. Y le llegó de golpe. Aquí yace una prueba de que el vértigo es un enemigo débil. Vendrán otras batallas. Algunas más largas que otras, pero todas surgirán de este instante; es necesario que fluya, que suceda lo que va a suceder, para que ocurra el *big bang*. Detener el tiempo –una virtud borgiana– sólo para ver al escritor culminar, culminarse, y entonces dejar que la vida pase. Que así sea.

El humo del cigarro serpentea de nuevo, sube en una marea vertical y se disuelve. Francisco Rebolledo, con mano firme, retoma la escritura de la página. Llega a las últimas palabras de inmediato: *Rasero* existe. Entonces el escritor suelta la pluma. Respira profundo. Luego todo se queda en completo silencio.

FUGAZ Fernando Vargas

Mi palabra poética favorita es: "fugaz". Me fascina cómo se escucha, cómo suena. Me gusta toda la carga poética que contiene en ese brevísimo instante, y ustedes, ¿qué me dicen? ¿Cuál es su palabra favorita?

Francisco Rebolledo en el taller literario.

engo un *Rasero* en casa. Es un cuadro inédito del gran maestro. La obra de arte es un óleo antiguo del siglo XVIII: el siglo de las luces. En el cuadro permanece un árbol delirante, sus hojas del color del sol parecen danzar un vals distorsionado y eterno. Cierro los ojos para fundirme en su universo, en su atmósfera. Todo el cuadro me conmueve...

Abro los ojos y descubro un libro. Me acerco lo suficiente para alcanzarlo: *La mar del sur*. Acaricio sus olas blancas tatuadas de versos y empiezo a leerlo. En sus páginas se narra la increíble saga de Mateo de Guadalupe. Todo empieza con el primer día: "¡Vale! Voy hablarle un buen rato, va usted a ver. Y no se va a arrepentir... ¡salud! ¡Ah!, qué bien sabe la manzanilla, ¡coño! Antes de hablar le pido un favor: mientras hable no interrumpa, ¿eh?..."

Las palabras siguen sonando en mi mente, escucho que se alejan, cómo se dispersan las galaxias en el cosmos. De pronto, florece el recuerdo de Petra, la hermosa Nahualli que soñaba con contar las estrellas en los ojos del noble, Mateo... De pronto, escucho una voz portentosa recitando a García Lorca, mi piel se enchina y toda la atmósfera se vuelve poesía y os pregunto: ¿acaso es ésta la materia etérea con la cual está hecho el universo paralelo? Sigo escuchando aquella poesía que brilla en la mirada de un par de oscuros soles, que declaman surcando los cielos. La voz se escucha lejana y viva. Se escucha en las paredes donde habita el espíritu del noble Diderot. La escucho en el eco de las partituras de Mozart, la escucho en los oídos que el gran Voltaire heredó antes de fraguar la revolución.

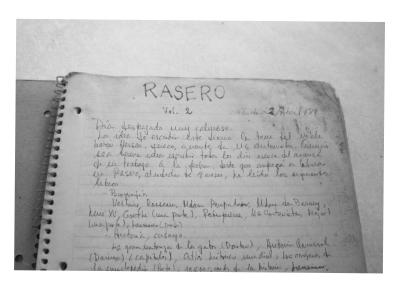
La noche y aquellos ojos negros se hacen uno y yo les pregunto, amables lectores, ¿acaso no los perciben? Justo ahora nos están mirando. Su mirada es luz proveniente de otra época y de otros siglos. Es Rasero en las letras, es Rasero en *La mar del sur*; es Rasero en *Bajo el volcán*; en *La ministra*; en *El Quijote*; en Lorca; es Rasero en *Amar a destiempo*; es Rasero entre nosotros; es el gran y humilde maestro aquí y ahora. Es Francisco Rebolledo.

Manuscrito de Rasero o el sueño de la razón

1 Paris, 1.74.9' 11/11/89. acopio de duerzos toro ember voches que ha fin arindo é en el torreun de torre Vincenser le resultaba dificil. El olor y la rais penis en yer menorin. Tobre todo el frieno so habin consque despendito de sus untidos. Pir que era un designable y prisso, de criss y bosons notigos des, de ajor y acide frito, de cal tostate y de history que le Malin invadido vo vilo el otato todor be suitide. To fever in a facto, cus news lavados il veas tros aboutour he caral sequian pagajose a luned's gundule era refuguat a frança que el cahi Illegator in to to ment ranguines y de de a fultarin supreguado, o jujor suburso, del olar de Vacace un sie le pagaba water passacs peus au ver in code objet, set was very on flato our siley un essecie de frais piració gousa, dementer gotor ano el rocio pero amaullo-violotar como la pres. Sobra que esa a and extracts del abor, que in tocala and gener abjets La verain verosa de fégara au des navos à de alle ouvairente la jougn, y de boi unevenir al obato, dous, que refleted con el la juno a alor a une for herate abour tine de agno tibia y se surreja es elle, de jude after chier after to colega. Got as u Mansaba la acoro un rat del formantibur a il agua dibia ludide hat shight provides live Marat, inches and dispute acuda idatio repudio y se treguto ni acoso Marat en exalfado pacobin que muca llego a consider- original Unus acoro del olor.

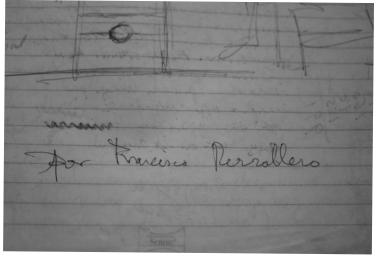














de dies ell rie, par que con este de la la conserva de la conserva



ÍNDICE

7	Presentación
9	Lanzar la moneda Eder Talavera
12	Con la serenidad de un dios Rocío Mejía Ornelas
14	Un caballero sin mesa redonda Efraím Blanco
18	El personaje que me acompaña Andrea Ciria
22	La vida extraordinaria de Francisco Rebolledo Eduardo Islas Pérez
24	Francisco Rebolledo: escritor, lector y maestro Danaé Venegas
26	Rebolledo o el sueño del visionario Félix Vergara

29	Rasero y Rebolledo, piedra fundacional Gustavo de Paredes
33	Si una noche de verano un escritor Roberto Abad
37	Fugaz Fernando Vargas
40	Manuscrito de Rasero o el sueño de la razón

Este libro ha sido realizado como parte del homenaje por los 25 años de *Rasero o el sueño de la razón*, de Francisco Rebolledo. Le agradecemos a él por darnos acceso al manuscrito de su novela, y a su hija, Bernarda Rebolledo, por las fotografías. *El tiempo y la palabra* se imprimió en enero de 2019.

D.R. Lengua de Diablo editorial

No hay azar en *Rasero* porque en una novela metahistórica como esta se aplica a la perfección la archilegendaria crítica de Sartre a Mauriac: estamos ante un libro donde el novelista es Dios, capitán de la Enciclopedia y su héroe hace lo que él quiere, siguiendo virtuosamente los movimientos de la mano de su ostentoso titiritero. *Rasero* es un hermoso libro sin contingencia.

Christopher Domínguez Michael Crítico literario mexicano, Letras Libres

La mirada que intenta Rebolledo sobre el siglo de las luces no es una mirada complaciente ni reverencial. Como Goya, él sabe que el sueño de la razón produce monstruos y muchos de esos monstruos nos son revelados y mostrados. La crítica mordaz y profunda recorre esos universos iniciales donde la razón fraguó su mundo en lo cultural como en lo político, una crítica que mira, desmistifica y descifra componentes de ese universo. Una mirada que nos trae ese siglo de las luces bajo una distinta perspectiva, ese siglo que aún nos alumbra con muchos de sus reflejos brillantes y equívocos. Es una novela cuya lectura se nos plantea como una obligatoriedad.

> Álvaro Mutis, Premio Príncipe de Asturias de las Letras 1997

Rasero abrazó a Denis y besó su amplia frente; "Ama, no seas cobarde, ama hasta donde te den las fuerzas...", le repetía en voz muy queda.

Rasero, de Francisco Rebolledo.

Rasero marca el debut de un novelista de primer orden... este gigantesco experimento enciclopédico tiene antepasados directos en Terra Nostra de Carlos Fuentes y Cristóbal nonato, así como en el Palinuro de México de Fernando del Paso... Rasero es una exploración profundamente sentida de las conexiones goyanas entre los sueños y la realidad, una búsqueda de pistas para comprender el extraño ascenso y la previsible decadencia de la razón en la civilización occidental.

Ilan Stavans, narrador, guionista cinematográfico.

…las visiones de Rasero -inexorablemente vinculadas al clímax sexual… son "una especie de enfermedad". De hecho, "una adicción". Rebolledo explora la adicción de su héroe a través de las intensas relaciones que sostiene con las mentes más brillantes de la época y con múltiples mujeres famosas… Hace mención de los senos, los glúteos, la seducción y el placer sexual, —evidencia de la gran alegría de vivir de Rasero, tanto del amor por la carne como por el espíritu.

Jordan Elgrably, escritor y periodista cultural de The Washington Post.

